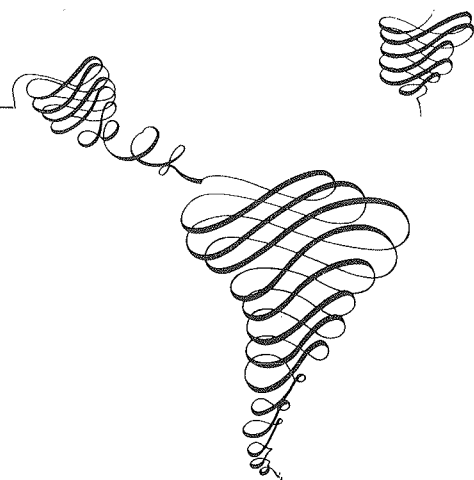




La tranquilidad del desorden

LO vimos por televisión en directo. Llegado el momento, Arafat ofreció la mano a Rabin, que se vio algo forzado a corresponder tendiendo la suya lentamente y sin esbozar sonrisa ante el talante abierto (¿sincero?) del palestino. Como en el cuadro de las Lanzas, es el vencido Justino de Nassau (Arafat) el que dobla su espalda ante un Spínola serio (Rabin) que recibe cortésmente las llaves de Breda.

Ni Rabin es Spínola, ni Nassau tendría nada que ver con Arafat pero, en el fondo, el episodio de la firma de Washington es una decisiva rendición de la OLP ante el incombustible Israel. Es el final de una primera parte que había comenzado en 1948 y a través de una terrible odisea de sufrimiento y de sangre (propia y ajena) ha llevado a los palestinos al primer refugio del que nunca debieron haber salido: su propia patria palestina.

Esta marcha de la muerte comenzó con la expulsión de los palestinos en 1948, siguió con una segunda expulsión de Transjordania en 1967 tras la derrota infamante de los Seis Días, y de Jordania misma en 1970 («Setiembre Negro»), por el rey Hussein, en plena orgía de violencia de al-Fatah, y tuvo su cuarta humillación en 1981 cuando los «fedayyin» —protegidos por los EE.UU.— salieron de Beirut hacia Túnez, definitivamente derrotados en el Líbano.

A lo largo de estos 45 años, el pueblo palestino se ha diversificado y ramificado en los más variados talantes político-terroristas y los más inesperados núcleos de diáspora.

También, a pesar de las constantes derrotas y de la dispersión, ha crecido demográficamente y se ha instruido. Es, después de todo, admirable que hoy pueda ostentar una conciencia de nación y haga ver a los israelíes —quizá sea ésta su mayor fuerza— que su presencia es constante e indestructible. Si hasta ahora la tentación de la violencia ha conducido a la OLP por caminos errados y frustrantes, y a Israel, por el de la represalia inhumana e indiferenciada, éste es el momento en que ambas naciones deberán aprender a convivir. La argumentación nada entusiasta de Isaac Rabin ante el Knesset para inducir a la ratificación de lo firmado en Washington, iba en esa dirección: **«No está en nuestra mano elegir a nuestros vecinos».**

LA situación actual se ha producido como consecuencia de la derrota integral de los pueblos árabes en la guerra del Golfo. Saddam Hussein aspiraba a liderar el panarabismo, incluso contra las monarquías del Golfo. La OLP (Arafat) vio en él al «Deus ex machina» y jugó la carta equivocada. Se agarró frenéticamente a esa esperanza, manteniéndose en la violencia y echando a perder el crédito y la simpatía internacionales que la modesta pero popular **«Intifada»** estaba adquiriendo desde 1987.

Cuando la guerra terminó y el prestigio de Saddam quedó eclipsado, los palestinos se encontraron ya sin argumentos y sin dinero. Al alinearse con Hussein se habían enfrentado, no sólo a los países occidentales (y una vez más a Israel) sino también a los Estados árabes del Golfo, permanentes mecenas durante tantos años. Como consecuencia, perdieron las subvenciones. Y para remate los 300.000 trabajadores palestinos instalados en Kuwait fueron expulsados hacia una Jordania cada vez menos hospitalaria.

Desde ese momento, a Arafat no le quedó más que un recurso: mendigar la paz. Este último proceso, comenzado en la Conferencia de Madrid el 30 de octubre de 1991, pareció sumergirse en estériles maniobras, pero en realidad entraba

por un camino realista. Secretamente, la OLP y el Gobierno israelí entablaron en Noruega conversaciones que, a pesar de su prolijidad y dureza, han conseguido el resultado presente.

*El 9 de septiembre de este año 93, Israel y la OLP se reconocían mutuamente tras 45 años de conflicto, cimentando el acuerdo conseguido el 11 de agosto en las sorprendentes negociaciones de Oslo. Ese día, el líder de la OLP firmaba una carta **reconociendo a Israel y renunciando a la violencia**. La carta, llevada a Israel por el ministro noruego de AA.EE., que había actuado como intermediario durante estos dos años, fue correspondida con un documento de Isaac Rabin reconociendo a la OLP. El 23 de septiembre llegaría además, a trancas y barrancas, la ratificación del Knesset.*

LA suerte estaba echada. Pero cuando se compara la pobre autonomía que Israel concede a sus adversarios, hipercondicionados en tan estrechos territorios, con los que Palestina hubiera podido conseguir en 1947 aceptando la división del país que la ONU ofrecía (no decimos que lo hubiera tenido que hacer), el ánimo se encoge al considerar los sufrimientos que una decisión tan emocional ha causado a dos generaciones enteras de palestinos y de israelíes.

¿Y por qué habían de aceptar los palestinos una decisión tan injusta?, dirán los más. ¿Y cómo se puede estar seguro de que la decisión lo fue?, dirán los menos. Veamos. Hay una injusticia objetiva —que llega a la categoría de calamidad histórica— en el hecho de que las potencias despiezaran a su gusto y con precipitación, en 1919 y 1923 (Tratados de Sévres y Lausana) las regiones mal diferenciadas del Oriente Medio, herencia del difunto imperio turco, convirtiéndolas en protectorados, uno de los cuales fue Palestina.

La injusticia se agravó en el caso palestino con la recomendación de la ONU en 1947, permitiendo contradictoriamente la creación del Estado de Israel a costa del único y pequeño territorio. Pero esta decisión y el espíritu que la animaba (resarcir a los judíos del holocausto nazi), albergaba contenidos históricos mucho más antiguos en el tiempo y discutibles en la esencia.

Los palestinos estaban arraigados en la zona desde hacía muchos siglos. Descendientes de los antiguos «filisteos» («philistin»), y mezclados con diversas migraciones árabes o turcas, habían ocupado originariamente las franjas marítimas y adoptado el Islam.

Los judíos, por su parte, expulsados el año 70, en tiempos del emperador Tito, reclamaban como suya —idespués de 19 siglos!— la Tierra Prometida de la antigüedad bíblica, el «Eretz Israel». Theodor Herzl, en el Congreso de Basilea (1897), se encargó de insuflar vida sobre aquellas cenizas calientes. El movimiento sionista fue secundado con entusiasmo por los judíos dispersos. Ahora bien —cabe preguntarse—, veinte largos siglos de desarraigo, que no han sido suficientes para borrar en ellos la idea del retorno, ¿invalidan su derecho a la tierra que se vieron obligados a abandonar? Es pregunta difícil de contestar, y más al contraste de la historia fáctica, tan inevitable.

PERO no es la discusión sobre derechos históricos la que mueve las pasiones actuales. Los «sionistas», que acudían a la tierra de Israel desde principios de este siglo y entraban en conflicto con los palestinos en cuanto demostraban su superioridad e inventiva, sobre todo a partir de 1930, habían montado todo un plan de expansión e instalación nacional, estatal e incluso megalómana «del Nilo al Eufrates», que aterraba a los indígenas musulmanes no menos de lo que a los judíos asustaba la aniquilación sionista que el conjunto de pueblos árabes les juraba. La historia de los últimos 45 años, que ojalá se esté archivando en estos días, muestra sobradamente lo cargadas de razón que, desde su punto de vista, estaba cada una de las partes enfrentadas. La pregunta actual es si, a pesar de las actitudes oficiales, este mutuo y mortal recelo cuasi-genético va a quedar suficientemente soterrado por actitudes más positivas y renuncias consecuentes de las dos partes.

En fin, el primer acuerdo —histórico, sin duda— ha llegado.

Pero ahora comienza un camino pedregoso en el que sin duda van a acentuarse los matices negativos de la situación de inferioridad en consecuencias prácticas del acuerdo de

principios. Pero no es difícil vaticinar que los israelíes van a actuar con cicatería y antipatía rayanas en el odio en su trato con los palestinos, sentimientos que serán lógicamente correspondidos.

TAMPOCO *es presumible mucha mayor magnanimidad en la concesión de recursos por parte americana, a pesar de las buenas palabras, toda vez que Clinton ya se ha adornado «suficientemente» con la pequeña gloria de amparar la firma del acuerdo de principios, tan agrio para el «lobby» judío estadounidense.*

¿Y cuál va a ser la conducta de los demás países árabes con el pariente pobre palestino, después de haber sido marginados de la decisión por el Gobierno de Rabin y su antecesor Shamir? ¿Llegará a los palestinos algo del río de oro que, a pesar de todo, sigue manando de los pozos de petróleo? ¿O quedará la cuestión palestina inventariada como problema menor que ya no obliga a tomar postura?

Nunca se ha tenido en pie la solidaridad árabe, ni ahora, tras la humillación del Golfo, hay ninguna señal que augure un futuro prometedor. Es cierto que el mundo árabe ha quedado para muchos años en situación de no poder tomar iniciativas conflictivas. Hoy por hoy, ningún estado árabe podría amenazar a Israel. Ni son posibles alianzas militares de varios, como en tiempo de Nasser. Siria, sin Unión Soviética que la apoye se inmoviliza y envejece, Irak es un rehén permanente de los EE.UU., Egipto —el más sólido— está demográficamente abrumado. Panorama deprimente. Es, pese a todo, un alivio saber que la imposibilidad de conflictos proporciona un paréntesis para pensar en soluciones globales al problema del Oriente Medio. ¿Tendrán conciencia los países occidentales de que se les presenta una única oportunidad de enmendar sus trágicos errores precedentes volcándose en ayudas eficientes?

Sin embargo, no sería inteligente soslayar el peligro real que las corrientes fundamentalistas representan. Su futuro —en correlación con el reconocimiento de Israel como Estado legítimo— es un gran interrogante. El terrorismo ha desaparecido de la Carta nacional palestina, donde campeaba

desde 1968. Pero ¿se ha borrado también de la hidra de siete cabezas en las que se radicalizaba? Deseemos que Habasch, Hizbollá, Saika, Setiembre Negro, Hermanos Musulmanes, Hamas, tal vez el propio Irán, tal vez Libia... no puedan ya doblegar la voluntad profunda de paz manifestada en Washington el último 13 de septiembre de 1993.

Una observación final. Los espectadores de conflictos —y lo somos todos hoy día— tomamos partido, como en el fútbol, sirviendo más a nuestra vehemencia que a la objetividad de los hechos que se producen, hechos, la mayor parte de las veces, interpretables. Buscamos siempre la eterna división entre buenos y malos.

En el conflicto palestino-israelí nos sería imposible demostrar injusticias al cien por cien que cargaran de razón nuestras emociones en favor de uno u otro lado. Por eso, y atendiendo a la evolución histórica que resulta de demasiadas variables, creemos que es preciso dejar de lado irreales posturas subjetivas y aceptar políticas posibilistas por insatisfactorias que sean.

Para llegar al acuerdo de principios del 13 de septiembre, palestinos e israelíes han debido dejar aparcados sus agravios y emociones. Han hecho bien. La esperanza nos mueve ahora a desear que este comienzo se consolide. Pero la prudencia nos avisa que hay que esperar para verlo, porque esta paz no nace precisamente basada en el orden —«pax, tranquillitas ordinis»—, como intuía San Agustín.